



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

Título original: NO DEMANIS LLOBARRO FORA DE TEMPORADA

Edición original Catalana de Editorial Lana, S. A., Barcelona

© 1987, Andreu Martín y Jaume Ribera

Autores representados por Ella Sher Literary Agency

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-140-1

Depósito legal: M-37.916-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: febrero de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

No Gidas  
SARDiNa  
FUERA de  
TEMPORADA

ANDreu MARTíN

&

JaUME RiBERA

loqueleg

## Se precisa despacho económico

5

Pili, mi querida hermanita y secretaria, asomó por entre el montón de cajas de cerveza en el preciso instante en que Jorge Castell empezaba a subirse por las paredes.

—¿Quinientas pelas? —se quejaba—. ¿Me estás diciendo que tengo que pagar quinientas pelas solo por leer estos papelotes? ¡Pero si antes cobrabas doscientas...!

—La inflación —expliqué, manteniendo la calma—. Exceso de demanda. Hay mucha gente interesada en saber cosas de Clara. Además, cuando has venido ya sabías que los precios habían subido.

—¡Pero si no pretendo hablar con ella! ¡Si solo quiero leer los papeles...!

—M...mh —hice, aproximadamente. Y miré a Pili, que esperaba cargada de paciencia.

—La María Gual —anunció.

Puse cara de desastre. Lo que faltaba.

—Que espere —dije.

—No tardes mucho. Ya sabes cómo es —contestó ella, antes de cerrar la puerta.

En el inciso, Jorge Castell había tenido una revelación:

—¿Y si voy a ver a Clara y le hablo de la existencia de este informe? —sugirió amenazante.

—¿Y si yo voy a ver a los de primero de BUP y les digo quién fue el chivato que le dio al Chepas los nombres de los que atascaron los váteres la semana pasada? —sugerí yo.

Cambió de táctica. Probó a hacerse la víctima.

—Escucha, Flanagan, a mí me dan trescientas pelas cada semana... Me estás pidiendo casi lo de dos semanas... Y tú no tienes más que estar sentado ahí y poner la mano...

6

—¡Para el carro, tío! —le corté, un poco harto ya, quitando los pies de encima de la mesa—. Si ahora estoy aquí sentado y pongo la mano es porque antes estuve gastando suelas y haciendo el ridículo días y días para redactar este informe. ¡Ni te imaginas la de peripecias que tuve que pasar para averiguar la talla de sujetador de Clara!

A Jorge Castell se le pusieron los ojos como platos.

—¿El informe habla de la talla de sujetador que usa Clara? —preguntó, alucinado.

—Y de su marca preferida. Sí —sonreí tentador, vendiendo mi producto—. Y de muchas cosas más...

—¿Y a mí qué me importa cuál sea su marca preferida de sujetador? ¿Qué saco con enterarme?

—¡Saber cómo desabrocharlo llegado el momento, atontado!

Jorge Castell se puso rojísimo. Su cara se convirtió en una caldera a punto de reventar. De un momento a otro se le saltarían los ojos y por los agujeros saldrían chorros de vapor que nos nublarían el despacho.

—Pero..., pero si yo... solo quiero... Si no quiero ni hablar con ella, solo pretendo... Había pensado que...

—Quinientas pelas —dije, implacable.

—¿De qué más habla, aparte del sujetador...?

—Quinientas pelas.

Refunfuñó un poco y, con un suspiro de resignación, de persona que se deja timar para evitar discusiones, depositó un billete azul sobre la mesa. Lo escamoteé hábilmente y saqué de un cajón el expediente *Clara Longo Pella*. Antes de pasárselo, le di las últimas instrucciones:

—Está terminantemente prohibido tomar notas. Tienes un cuarto de hora. Ni un minuto más...

Jorge Castell se abalanzó sobre el informe sediento de emociones fuertes. Allí encontraría todo lo que se podía (y lo que no se podía) saber sobre Clara, la chica más espléndida del colegio. Allí encontraría una relación de sus horarios y actividades, las horas de entrada y salida de su casa, las aficiones de fin de semana, los ratos de ocio que le quedaban, la dirección del terreno que su padre tenía en una urbanización de la costa, la profesión de su padre, el humor de su padre, las preferencias de su padre y sus propias preferencias en materia de música (iba de *heavy*, la nena: AC/DC, Iron Maiden, Scorpions), cine (*Mad Max*, *Conan el Bárbaro*, *Alien*), actores (Mickey Rourke), colores (el negro), bebida (el Schweppes con una gota de alcohol), comida (hamburguesas), la lista de los pretendientes que la habían rondado desde principios de curso, una minuciosa biografía y un sinfín de

datos muy útiles para quien pretendiera ligar con ella. Como la talla del sujetador, por ejemplo.

Yo pasé al otro lado del montón de cajas de cerveza y llamé a Pili, que estaba pasando a máquina el informe de uno de sus últimos trabajos (la búsqueda del perro de Antonia Soller).

—Vigílale, Pili. Dentro de quince minutos le echas.

—Hola, Flanagan —dijo María Gual, muy mimosa.

8 Vista de lejos, María Gual engaña. Uno podría pensar que es una chica normal, incluso un poco atractiva, a pesar de sus ropas *tecno* que te hacen pensar en el Festival Mundial del Circo. De cerca, sin embargo, no hay error posible. Ojos pequeños y mezquinos que se entrecierran para escrutarte con la certeza de que no tienes nada mejor que hacer en la vida que conspirar para perjudicarla. Una nariz pequeña para meterla donde no la llaman sin que nadie se dé cuenta. La boca, como un resorte: tensa y apretada mientras escucha, se dispara por sorpresa en una voz estrepitosa cuando considera llegado el momento de imponer su opinión.

Me mosqueó el tono que había utilizado para saludarme. No hacía mucho habíamos tenido una discusión, y aquella chica no era de las que perdonan y olvidan. La verdad es que, desde entonces, cada vez que entro en clase o en mi despacho, espero que se me caiga encima un cubo de agua helada.

—Me debes pasta —le dije.

—No te debo nada —contestó ella, sin perder la sonrisa. Más bien se le acentuó.

—Sí que me debes. Me encargaste que averiguase la identidad del anónimo admirador que te enviaba poesías románticas...

—¡No, señor!

No permití que me cortara...

—... Creías que era el Guaperas, de segundo de BUP, y yo descubrí que se trataba del Plasta, de séptimo. A ti te sentó como una patada en el culo y decidiste no pagarme...

—No, señor —insistió ella, horrorizada porque yo lo había dicho todo a gritos, para que lo oyeran la Pili y Jorge Castell—. Yo te dije: «Averigua si esto lo ha escrito el Guaperas...». ¡Y como no había sido el Guaperas, no tengo por qué pagarte!

¿Cómo se puede razonar con una persona que llega impunemente a conclusiones de este tipo?

—Tienes que pagarme. Quinientas pelas. Precio especial.

—¿Precio especial? ¡Pero si quedamos en trescientas!

—Precio especial para morosos. ¿Tienes las quinientas o no?

—Ahora no.

—En ese caso, si no es para pagarme, ¿a qué has venido?

—Para hablar de negocios. —Adoptó un aire interesante—. ¿Tenemos que quedarnos aquí? ¿No podemos ir a otro sitio?

Siempre he respetado el deseo de intimidad de mis clientes. Como sea que no podíamos pasar al despacho,



donde Jorge Castell amortizaba sus quinientas pelas, le dije a María que saliéramos. Atravesamos el bar de mis padres...

—¿Ya has hecho los deberes, Juanito? —dijo mi madre, como si el único objetivo de su vida fuera humillarme y hundir para siempre mi carrera de duro investigador privado.

10 Salimos a la calle y nos quedamos paseando por la acera. No me entusiasmaba la idea de que alguien pudiera verme con María Gual, pero el negocio es el negocio.

—Bien... —dije, animándola a hablar.

—Vamos a ser socios —anunció ella.

Me paré en seco, escrutándola entre ceja y ceja.

Jopé, lo que me faltaba por oír, ¿qué ha dicho?, ahora sí que ya me puedo morir, ¿yo socio de María Gual?, a esta chica le patinan las neuronas, ¿María Gual asociada conmigo? Eso no me lo repites en la calle, ¿María Gual y yo socios?, no me hagas reír, que tengo el labio partido, pero ¿he oído bien lo que has dicho?, pero ¿te das cuenta de lo que acabas de decir, tía?

Hice un esfuerzo para que mi rostro expresase con claridad mis sentimientos.

Ella me miró fijamente y dijo:

—¿Qué te parece la idea?

—Mal. Muy mal —aclaré.

Eso hizo que se desbocara. Su voz se volvió desagradablemente aguda y una riada de argumentos se me vino encima antes de que pudiera encontrar una trinchera lo bastante profunda como para protegerme.

—Flanagan, tú sabes que me gusta mucho cómo te lo has montado...

Oh, claro que le gustaba. Y no era la única. En este barrio no sobra la pasta, y cada cual hace lo que puede para buscarse la vida. Hay quien ayuda en la tienda de sus padres, quien hace de canguro de sus hermanos o de los hijos de los vecinos, quien hace de recadero del súper, quien lleva cafés a la Textil, quien limpia parabrisas en los semáforos y también quien roba y quien vende lo que no debería vender.

11

Yo me lo monto de sabueso.

Se cumple un año desde que llevo la empresa con Pili, y nos va sobre ruedas. Desde entonces no he tenido que pedir pasta para mis gastos a mis padres, y me he podido comprar un buen magnetofón para grabar conversaciones y una buena cámara fotográfica para conseguir pruebas documentales.

Es un trabajo difícil, creedme, siempre expuesto a que te acusen de chivato o de cosas peores. Mi norma es no hablar nunca con la autoridad: ni con policías, ni con profes. Considero que se las han apañado muy bien sin mí durante mucho tiempo, y que pueden continuar muchos años sin mi colaboración. De todas formas, mi trabajo mosquea al personal: hay mucha gente a la que no le gustan los entrometidos, y yo lo soy, y profesional. Más de una vez lo he tenido crudo, y en un par de ocasiones me he enterado de que me buscaban para calentarme. No obstante, hasta ahora, me las he apañado. Los que se sentían amenazados han comprobado que vivo y dejo vivir,

y los profes que querían saber cuáles eran mis verdaderas intenciones se han calmado al ver que no soy realmente peligroso. Hasta entonces, mis trabajos se habían ceñido a la localización de animales y objetos perdidos, a comprobar dónde y con quién va Fulano de Tal cuando dice que va al dentista, o a la solvencia de padres que niegan una bicicleta bien ganada aduciendo falta de fondos. Y, de momento, las cosas me iban bien.

De momento.

12 —¡... Además, me necesitas! —dijo María Gual en el momento álgido de su argumentación.

—¿Qué has dicho? —la corté.

—Que me necesitas —repitió con aplomo.

—¿Yo a ti?

—Tú a mí.

—¡Anda ya!

—¿No es verdad que tus padres quieren ampliar el bar? —empezó. Calló en seguida. Aquellas palabras habían conseguido paralizar mi gesto. Contuve la respiración. Ella siguió—: ¿... Y que harán obras en el almacén... y que te quedarás sin despacho?

Era cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy muy lista, Flanagan. Sirvo para detective. Haremos una pareja fantástica: *Flanagan & Ford, Detectives privados*, ¿qué te parece?

¿Flanagan y qué más?

—Y *Ford*. Gual, en catalán, significa «vado», y traducido al inglés es *ford*, ¿no lo sabías? Lo he mirado en el

diccionario. Los detectives siempre han de tener nombres ingleses...

—Sea lo que sea lo que estás tratando de decirme, la respuesta es no, María.

Ella adoptó una pose seductora. (Viendo su caída de ojos, por un momento temí que se encontrara mal).

—¿Y si te digo que tengo un despacho fantástico en el jardín de mi casa? —dijo.

Sabía de lo que me hablaba. Los Gual vivían en una casa antigua, de dos pisos, en la zona de los chalés, delante del colegio. En otros tiempos, los burgueses de Barcelona pasaban ahí los veranos, porque se conoce que en los alrededores existía una fuente de aguas curativas. Ahora, las casas están sucias y agrietadas, y se han convertido en simples habitáculos de la ciudad dormitorio, con vistas a gigantescos y anónimos bloques de pisos. En el jardín de la casa, que los Gual habían convertido en huerto, había un cobertizo grande y confortable. Realmente, no se me habría ocurrido un lugar mejor para albergar mi agencia, pero...

—¿No es allí donde tu hermano Elías guarda la moto y revela fotografías? —dije.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy detective, nena. Soy muy listo —entoné imitándola. Decidí impresionarla aún más, para que se enterase de con quién estaba hablando—. Tu hermano está repitiendo octavo por tercer año consecutivo. Los profes y el director de la escuela querían convencer a tus padres para que lo dejara, pero tu padre no quiere ni oír hablar

de que Elías deje los estudios tan solo con el Certificado de Escolaridad. Por eso tu padre insistió, y les recordó que no se puede echar de la escuela a un chico de dieciséis años, que son los que Elías ha cumplido este año... Tuvieron que admitirle. Todo el mundo pensaba que sería un desastre, y fue entonces cuando surgió la sorpresa: Elías, el grandullón de octavo C, empieza a aprobar todas las asignaturas. En las primeras evaluaciones ha estado más que brillante, y ha aprobado los exámenes semanales de Matemáticas desde el primer día. Como recompensa, tu padre le ha comprado la moto y le ha permitido usar el cobertizo como garaje y laboratorio fotográfico. ¿Qué tal...?

María Gual se había quedado petrificada.

—¿Cómo te has enterado?

—Porque hasta hace un mes, tu hermano Elías estaba colado por Clara Longo. Y yo soy un experto en Clara Longo, ¿sabes?

Movió la cabeza, haciendo un visible esfuerzo por tragarse mi exhibición.

—De acuerdo, tienes razón —admitió—. Ahora el cobertizo lo tiene Elías. Pero dejará de tenerlo cuando mi padre le obligue a vender la moto y le ponga a trabajar.

—¿Y cuándo ocurrirá esto?

—¡Cuando tú les demuestres a mis padres que Elías es un delincuente juvenil!

—¿Delincuente juvenil?

—Eso es. Ya sabes cómo son mis padres. Rígidos y severos como la vara de un maestro. —Y, con esa rabia

que se reserva para los hermanos más queridos, María Gual añadió—: ¿Qué crees que dirán cuando se enteren de que se pasa el día con la banda del Puti, en el bar La Tasca?

—¿Con el Puti? —dije yo.

—M... mh —hizo ella.

Empecé a sentirme interesado por el caso. Habíamos llegado al parque y nos sentamos en uno de los bancos. Desde allí podíamos contemplar cómo los niños se caían de los columpios y berreaban a pleno pulmón, dándoles sustos de infarto a sus madres.

Aquello iba en serio.

El Puti era el jefe de una banda de *heavies* que pasaban las horas haciendo salvajadas con las motos y peleándose con los *punkies* de las casas buenas. Malas lenguas afirmaban que también se distraían yendo de noche al cementerio, con chicas, a beber cerveza y, de paso, a robar cadenas, argollas y apliques metálicos de los panteones. Esas malas lenguas añadían que vendían ese botín sepulcral al mismísimo Lejía...

Donnng. Campanada.

El Lejía tenía un taller de mecánica muy sospechoso, al otro lado del parque. Un taller donde se solían reunir los *heavies* del Puti y donde a menudo se trabajaba a altas horas de la noche.

Otra particularidad del Lejía, el señor Tomás Longo, era su hija: Clara Longo, la chica más fantástica del colegio. Ahora podía entender cómo se había podido acercar a ella el infeliz de Elías.

—Acaba de comprarse un juego de objetivos para su cámara fotográfica —proseguía María, refiriéndose a su hermano—. Seguro que los ha mangado... Bien, no sé... De todas formas, ya sabes lo que tienes que hacer: seguirle, pescarle *in fraganti* en alguna trapichería y hacerle fotos. Después se las haremos llegar a mi padre, y mi padre le echará del cobertizo y nos lo dará a nosotros. ¿Qué te parece?

16

No eran unos métodos muy ortodoxos (de hecho, se trataba de un sucio y abyecto chivatazo), y se acercaban demasiado a los peligrosos terrenos que yo había evitado a lo largo de mi carrera, pero debo admitir que la idea me tentaba. Por un lado, estaba la imperiosa necesidad de conseguir un despacho. Por el otro, mi desprecio por la gentuza como Elías y el Puti. Y, en tercer lugar, mi malsana curiosidad. Había recibido demasiados datos interesantes durante un cuarto de hora como para olvidar sin más el asunto.